necesita tiempo para vestirse.

LA MANO DE LA EDUCADORA

ANNA TARDOS

Revista INFANCIA Nº 11, 1992

El Instituto Emmi Pikler de Budapest, que conocemos familiarmente con el nombre de Lóckzy, calle en la que está situado, acoge a niños, desde el nacimiento hasta los seis años, que, por razones diversas, no pueden ser atendidos por sus familias.

Para los responsables del centro, la formación del personal es un tema clave, cuidadosamente preparado y llevado a la práctica. La función de maternidad que realizan las educadoras en un contexto diferente al de la familia ha de garantizar una relación personal-afectiva con los pequeños capaz de potenciar el necesario desarrollo armónico y equilibrado de su personalidad.

«La mano de la educadora» es un ejemplo de la sensibilidad con que se tratan los menores detalles y del valor que se da a las actitudes aparentemente irrelevantes en este contacto diario y regular adulto-bebé dentro de una atmósfera cálida y extremadamente humana.

De todos es sabido que los estímulos táctiles ejercen un papel extremadamente importante en la vida del bebé en relación con los contactos corporales entre niño y adulto. Pero este supuesto teórico no se lleva a la práctica con demasiada frecuencia. La literatura especializada estudia mínimamente o nada qué gestos del adulto resultan agradables a los pequeños y cuáles son los que, sin que el adulto se dé cuenta, les provocan sensaciones desagradables.

I Quisiera demostrar, mediante el análisis de algunos ejemplos observados en

la práctica, que en el proceso de la atención, el contacto corporal es a veces ofensivo, molesto e incluso puede provocar sentimientos de frustración en el niño; así mismo, hablaré de lo que podemos hacer para que este contacto consiga su verdadera función.

El bebé, desde muy pequeño expresa con su comportamiento lo que experimenta cuando el adulto que se ocupa de él toca ciertas partes

o todo su cuerpo, cuando lo mueve y lo coge en brazos.

Con movimientos agradables, hasta el recién nacido se relaja cuando se encuentra entre unas manos dulces que lo cogen o lo sostienen. Si nos ocupamos de él de forma placentera, si se siente bien durante la limpieza, el baño, mientras le vestimos y le desnudamos, se relaja cada vez más. Podríamos decir que el pequeño se prepara para que el adulto lo coja y, mientras le viste y le baña, relaja su cuerpo mucho antes de que el adulto le toque. De un modo casi automático continúa los movimientos iniciados por el adulto.

Las experiencias agradables adquiridas durante el tiempo que han pasado juntos enriquecen y diversifican las relaciones del niño y el adulto: hacen que las relaciones sean cada vez más estrechas, mientras que las experiencias desagradables inquietan al niño, le crean ansiedad y llega a desconfiar del adulto.

Por ejemplo, un gesto brusco o inesperado

puede ser desagradable para el bebé. El recién nacido tiembla si siente que le tocan inesperadamente.

Sus miradas se encuentran

Intentar tener acceso a las diferentes partes de su cuerpo mediante gestos bruscos o demasiado fuertes es, para el pequeño, una fuente de sensaciones desagradables. Si para hacerle volver la cabeza, o levantar las piernas o los brazos a partir de la postura espontánea, no esperamos con paciencia que relaje los músculos, los movimientos del adulto habrán de vencer, efectivamente, su resistencia. Y esto requiere esfuerzos considerables por parte del adulto. De esta forma, gestos realizados con cuidado pueden resultar bruscos y desagradables para el niño.

Con frecuencia, el malestar proviene del cambio de equilibrio del bebé. Por ejemplo, durante los primeros meses de vida si no sostenemos bien su cabeza, el niño hace grandes esfuerzos para impedir que se mueva, que caiga hacia atrás. Pero sus esfuerzos no son siempre eficaces. Si las experiencias desagradables, asociadas a los gestos del adulto, se repiten, el niño esperará, ya sea con un enervamiento pasivo, ya sea con una resistencia crispada, el final del rato de desnudarle, lavarle o volverle a vestir.

Cuando el resultado es éste, los ratos pasados con el adulto -que se repiten varias veces al día- no resultarán una fuente de alegría, sino más bien una experiencia desagradable que el niño soportará mal.

El bienestar del niño, depende, antes que todo y en gran medida, del adulto, es decir, de la manera como éste le toca. En relación con esta cuestión -«la

mano de la educadora»-, las experiencias de los niños educados en las maternidades no siempre les proporcionan seguridad. Una de las fuentes de experiencias desagradables pueden ser los movimientos rutinarios, mal aprendidos, de las educadoras.

La educadora tiene cada día en sus brazos a diversos bebés, los cambia, los baña, les da de comer, los vuelve a acostar o los deja en el lugar destinado al juego. La repetición de las diversas situaciones y operaciones tiene, inevitablemente, una influencia en los gestos de la educadora.

Los movimientos que, durante el proceso de trabajo, se repiten a menudo se vuelven en general, y justamente por su carácter repetitivo, más breves, más rápidos y más eficaces y, en cierta medida, automáticos. La mecanógrafa, la ayudante de laboratorio y la tejedora experimentada ejecutan gran parte de su trabajo con mayor rapidez, casi automáticamente, no se entretienen en los detalles.

El trabajo de la educadora se ve igualmente facilitado si una parte de sus movimientos se vuelven rápidos y mecánicos, si es capaz, por ejemplo, de preparar de manera muy rápida el cambio de pañales y los objetos necesarios para cambiar al bebé o para vestirlo; si tiene la habilidad de fijar con rapidez la gasa con el plástico, si coloca al niño a su alcance, en una palabra, si no fija toda su atención en los «procesos técnicos» de las diferentes operaciones.

Pero el mismo hecho de que los movimientos directamente ligados al niño sean más cortos, más rápidos y mecánicos, representa un gran peligro. Este tipo de movimiento no permite, o mejor dicho, impide que el pequeño pueda prepararse convenientemente para el gesto en cuestión o que tome parte de una forma activa en la operación acercándose, si conviene, a la persona. Algunos de los gestos rutinarios van destinados justamente a impedir que el niño desarrolle su actividad con el fin de que el trabajo sea más rápido. Estos gestos contienen generalmente algunos elementos bruscos y es aquí donde resultan duros y, como consecuencia, desagradables. No permiten que el bebé, el pequeño, se sienta a gusto el rato que le dedicamos. Mientras tienen lugar estos movimientos realizados hasta la saciedad, quedan excluidas también otras formas de relación niño-adulto, especialmente el intercambio de miradas.

La manera de tratar al niño contiene, para el bebé, numerosas informaciones. Los movimientos tiernos y delicados expresan atención e interés, mientras que los gestos bruscos son una señal de desatención, de indiferencia o de impaciencia.

Si, por ejemplo, la educadora llama por su nombre al bebé que está boca arriba, si busca la mirada del que está en el parque, si espera a que se dé cuenta de su presencia, el niño se prepara para que el adulto lo coja en brazos con un gesto apaciguado y lento, mientras le coge la cabeza y el cuerpo; así puede evitar el temblor del pequeño causado por un movimiento rápido e inesperado, a la vez que le puede hacer ver que espera su participación, que está al tanto de su cooperación en todo aquello que vendrá.

Si, por el contrario, la educadora toma al niño entre sus brazos de forma brusca e inesperada, estirándole por el cuerpo o los brazos, no sólo obtendrá una experiencia desagradable para el niño sino que para él significa que la educadora no espera su colaboración y que no le concede el tiempo necesario para prepararse para uno u otro gesto; en este caso, se considera al niño como un objeto poco preciado y sin valor que no tiene necesidad de ser tratado con precaución y ternura.

Los pequeños educados en nuestras instituciones experimentan todavía numerosos gestos rutinarios, mal ejecutados, que no aseguran el mínimo sentimiento de confortabilidad y que, finalmente, impiden que nazcan todo tipo de relaciones afectivas entre el pequeño y el adulto.

Cuando, para limpiarle el culito, la educadora pone al bebé (a veces también al niño de 12 a 18 meses) debajo el grifo como si se tratara de un abrigo que uno lleva colgando del brazo (cosa que no le permite moverse) puede realizar muy rápidamente la operación, pero el pequeño no sabe a priori lo que le sucederá, no sabe cuando tal gesto de la educadora o el chorro de agua irá a parar sobre sus piernas, cuando comenzará a enjabonarlo o a enjuagarlo. El niño no tiene ninguna posibilidad de participar en la operación ni de expresar sus sentimientos de satisfacción o descontento (por ejemplo, si la temperatura del agua le resulta desagradable o no). La educadora no puede ni verle los ojos. De esto se deduce que todo aquello que le sucede no tiene ningún tipo de interés ni importancia para ella.

A la hora de comer, el niño, sentado en las rodillas de la educadora, tiene un brazo sujeto entre el adulto y su propio cuerpo y el otro inmovilizado por el brazo del adulto, que coloca el plato tan cerca como puede de la barbilla del pequeño; esta postura no solamente imposibilita cualquier participación sino cualquier tipo de protesta. Cosa que significa, además, que el niño no podrá ejercer ningún tipo de influencia en el proceso de la comida; a la educadora le importa muy poco saber si al niño le gusta o no la comida o si el ritmo de sus movimientos le van bien o no, o, si la cantidad de comida que le ofrece le conviene. De este modo, la experiencia agradable de la comida se convierte en algo pesado, extremadamente desagradable para el pequeño.

Ahora, el niño se sienta en la mesa y la educadora le da la comida de pie, a su espalda, mientras mantiene su cabeza entre sus piernas, de forma que no pueda oponerse a ningún movimiento del adulto: no puede mover la cabeza y no puede demostrar ni con la cara ni con la expresión de los ojos si quiere o no continuar comiendo. Estos gestos le demuestran que uno no está interesado en conocer su voluntad.

Hay veces en que el niño, sentado encima de la mesa de cambio, se ve bruscamente estirado por el adulto que lo atrae hacia sí por las piernas, sin preve-

nirlo, sin pedírselo antes y sin esperar su reacción; o, mientras le viste, lo estira por los brazos de una sola vez mientras el niño permanecía sentado o de pie, impidiéndole así sentarse, levantarse o echarse sólito. Prácticas de este tipo llevan inexorablemente al niño a considerar el tiempo transcurrido con la educadora como muy desagradable -caer hacia atrás por los efectos del desequilibrio es desagradable, a menudo la cabeza del niño choca contra la mesa-y le induce a pensar que la presencia de la educadora no es un buen momento para llevar a cabo una actividad común -eventualmente cosquillas o juegos.

Cuando la educadora cambia al niño con movimientos rápidos, cuando lo pone de pie, de cara a ella, pinzándole la cabeza entre sus piernas, excluye cualquier intercambio de miradas o de palabras. La educadora tan sólo ve la espalda del niño, solamente se ocupa de su limpieza, sin dedicarle ninguna atención; se olvida completamente de él.

Cuando la educadora coge al niño por la muñeca o por el antebrazo, cuando lo estira tras de sí o cuando lo estira tocándole la cabeza o la espalda, estos movimientos también contienen elementos violentos. Estas formas de tratar al niño muestran que el adulto no le tiene ninguna confianza, que no le cree capaz de comprender lo que el adulto desea de él; estos hechos también pueden mostrar que el adulto no está contento del ritmo que lleva el niño al avanzar.

Uno puede preguntarse si los malos hábitos mencionados anteriormente son inevitables o no en el trabajo de las educadoras.

Experiencias de unas decenas de años prueban que pueden evitarse las malas actitudes en el trabajo y que la educadora es capaz de deshacerse de los gestos rápidos, mecánicos y mal aprendidos, pero este último proceso es difícil de llevar a la práctica de una forma aceptable.

Para deshacerse de las malas costumbres, antes que nada es necesario que la educadora cambie de actitud. El interés sincero, los esfuerzos abiertos con el fin de obtener una verdadera cooperación le harán, en general, las manos sensibles, delicadas y tiernas.

Pero este proceso no se cumple de forma automática.

En lo que se refiere al desarrollo y al cambio de comportamiento de la educadora, la «cultura», la ternura de la mano ejerce un papel muy importante, al igual que los movimientos que comunican seguridad y que resultan más agradables a los más pequeños, cosa que les permite la cooperación con el adulto.

La descripción detallada y minuciosa de estos movimientos aparece en nuestro manual, publicado hace más de veinticinco años (escrito por la doctora E. Pikler).

Enseñamos a las educadoras a levantar, sostener o tomar entre sus brazos al

bebé, de forma que, durante todo este tiempo, no pierda el sentimiento de seguridad física. Nuestras educadoras toman a los bebés entre sus brazos, cuando éstos son todavía incapaces de sostener la cabeza o el cuerpo erguidos, de manera que el cuerpo o la cabeza se encuentren bien sujetos. Es necesario que el niño que uno toma entre sus brazos esté continuamente tranquilo.

Las educadoras aprenden a sostener a los recién nacidos sobre sus rodillas de forma que no impidan ninguno de sus movimientos. Así, el niño puede tocar la mano y la cara del adulto y se puede mostrar activo en todo aquello que le suceda.

Las educadoras aprenden no sólo a terminar bien las diferentes operaciones que forman parte de su trabajo, sino también, por decirlo de alguna manera, a «percibir» con las manos. Observando y percatándose de las reacciones del niño, llegan a encontrar gestos agradables, llenos de ternura, que no molestan al niño.

Aprenden también a ocuparse de los bebés y de los pequeños con el ritmo que les conviene, un ritmo que les ofrece el tiempo y la posibilidad de prepararse para el acercamiento del adulto y de los diferentes movimientos.

Así por ejemplo, la educadora llama siempre al niño al cual se dirige. Espera que el bebé manifieste mediante algún signo que se ha dado cuenta. En general, durante este tiempo sus miradas se encuentran, la educadora no coge al niño hasta que no nota, a través del contacto táctil con el bebé, que él espera su gesto.

Cooperar, participar en las diferentes operaciones, significa, en el fondo, que el niño responde con sus propios movimientos al requerimiento o a los gestos que ya ha iniciado la educadora. Pero, para hacer esto, el bebé necesita tiempo. Los pequeños no pueden prepararse para los movimientos que se suceden a un ritmo rápido y, además, son totalmente incapaces de responder a ellos.

Las educadoras aprenden a realizar con más lentitud aquellos movimientos de los que esperan respuesta del niño y cuentan con su participación. Si, mientras lo vistiesen, cogieran el brazo del bebé y le pusieran inmediatamente la camisa, o si, mientras lo alimentasen, presentaran la comida de manera que el vaso estuviera a tocar de su boca, o le darían la posibilidad de estirar su mani-ta hacia la camisa o hacia el vaso. Cualquier operación ejecutada con rapidez convierte el gesto del pequeño en algo completamente superfluo.

Si la educadora ejecuta sus movimientos considerando el movimiento-respuesta del niño, si modifica sus gestos conforme lo van pidiendo los del bebé, le está otorgando la posibilidad de participar cada vez más en las diversas operaciones de la atención.

Las educadoras aprenden a llamar al niño, a darle alguna cosa y a pedírselo.

Estos tres gestos son, en el fondo, movimientos interrumpidos. Cuando uno llama a un niño o le alcanza un objeto, o cuando le pide que le dé algo, se empieza a realizar un gesto que no termina inmediatamente, uno se queda unos instantes inmóvil esperando la respuesta. Estos gestos expresan la espera y ofrecen la posibilidad de escoger. Si se interrumpen los movimientos, el pequeño tiene la posibilidad de actuar de forma independiente.

El gesto de la demanda ejerce un papel particularmente importante en la relación educadora-niño. De la misma manera que los gestos de llamada y oferta, el de demanda simboliza un acercamiento pacífico y es buena prueba de que la persona que pide alguna cosa no quiere conseguir su deseo mediante la fuerza. Este gesto expresa que en lugar de actuar solo, el adulto espera la acción del bebé; por ejemplo, espera que el pequeño le ponga alguna cosa en la mano, el trozo de manzana que no quiere comer o los calcetines que acaba de quitarse. La actitud del adulto que se lo pide y que espera, ofrece al bebé la posibilidad de decidir por sí mismo y de atender a la espera, al deseo del adulto: esta actitud constituye, al mismo tiempo, un modelo, un ejemplo.

No podemos exigir al niño que pida a otro pequeño el juguete que desea en lugar de quitárselo, si el adulto mantiene el mismo comportamiento con él, es decir, si coge el objeto en lugar de pedírselo.

La mano del adulto es, pues, para el pequeño, una fuente importante de experiencias.

En la maternidad es más fácil obtener que las educadoras tengan una atención sonriente o que hablen a los niños en lugar de conseguir que sus movimientos sean tiernos y delicados. Citamos para este caso a Vercers: «ese día aprendí que la mano puede reflejar, para aquél que sepa observarlo, las mismas emociones que el rostro, o mejor aún que un rostro, ya que la mano escapa más del control de la voluntad».

Actualmente, sabemos que una educadora no puede ocuparse correctamente de los niños si no es capaz de demostrarles un interés real, estando atenta a todas las reacciones del bebé y apresurándose a responderle. Y esta atención no será completa si sólo utiliza para ello los ojos y el oído: si sólo responde mediante palabras y sonrisas; es necesario que toque al niño con manos dulces, con manos que esperan respuesta y que están siempre dispuestas a recibirla.

Nuestras experiencias, aparte del interés por el niño y la creación de otras condiciones para una atención solícita, muestran que la «cultura» de la mano y los movimientos conscientes permiten ocuparse de los bebés o de los pequeños de forma que se sientan bien; así, su tranquilidad, su alegría y su participación activa influencian de manera favorable el comportamiento de la educadora.

A.T.
Instituto Bmmi Pikler
Budapest